

NUEVA YORK. IDA Y VUELTA  
VÍA DIEPPE-NEWHAVEN

HENRY MILLER

NUEVA YORK.  
IDA Y VUELTA

VÍA DIEPPE-NEWHAVEN

Traducción de Carlos Manzano



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Aller retour New York*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

© Ilustración de la cubierta: Istockphoto

Primera edición: octubre de 2013

© 1935 by Henry Miller. All rights reserved

© de la traducción: Carlos Manzano, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-1940-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 21066-2013

Impreso en España

## INTRODUCCIÓN

Como el Herzog de Saul Bellow, Henry Miller fue un escritor de cartas compulsivo, totalmente capaz de dirigir una carta a Dios, al general Eisenhower o a Spinoza, pero, cuando de verdad se sentía en su elemento, era al escribir a un viejo amigo. Ésa era la clase de escritura que le salía de forma natural, a diferencia de la «literatura» que había pasado años intentando escribir antes de encontrar su voz propia en *Trópico de Cáncer*. En realidad, podemos decir que este libro tiene sus orígenes en las cartas que escribió a su amigo de Nueva York, Emil Schnellock, durante sus primeros años en París. Pasajes enteros de *Trópico de Cáncer* proceden de esas cartas y el propio estilo de ese primer libro surgió también de ellas. Con su viejo amigo Emil podía expresarse con libertad y en el lenguaje directo que hablaban entre sí y que le permitía divagar en todas las direcciones.

Las *Cartas a Emil* ofrecen un registro desinhibido de las impresiones, los encuentros y las aventuras de Miller entre su llegada a París en marzo de 1930 y su partida para Nueva York en 1935. Una vez allí, invirtió el proceso al relatar sus experiencias en Nueva York a

su mejor amigo de París, Alfred Perlès. *Nueva York. Ida y vuelta*, escrito como una carta continua a ese *alter ego*, es, en realidad, más como un diario en el que recogió sus estados de ánimo e impresiones a medida que le sobrevenían.

A Perlès no necesitaba explicarle nada. «Está aquí mismo, bajo mi piel», comentó Miller unos veinte años después. «Con ningún amigo tuve una relación tan íntima...» Escribió estas palabras en una introducción a *Remember to Remember*, el largo ensayo en el que recordó sus años en Francia y a los amigos que hizo allí. De éstos probablemente fuera Alfred Perlès el primero e indudablemente el más importante. «Cuando me encontré a Alfred Perlès en la Rue Delambre en una noche lluviosa, comenzó una amistad que iba a dejar su impronta en todo el período de mi estancia en Francia. En él hallé un amigo que iba a sostenerme en todos mis altibajos». Otros amigos ayudaron a Miller en París, pero ninguno tuvo tanto en común con él.

Fred era la clase de persona que yo había estado buscando inconscientemente toda mi vida. Yo me había sentido atraído por París desde Brooklyn y él desde Viena. Habíamos pasado por la escuela de la adversidad mucho antes de llegar a París. Éramos veteranos de la calle, estábamos familiarizados con todos los trucos que mantienen a un hombre a flote, cuando todos los recursos parecen agotados. Pese a ser un granuja,

un sinvergüenza y un bufón, no por ello dejaba de ser extraordinariamente sensible.

Perlès había cuidado a Miller durante sus dos primeros años en París, haciéndolo entrar a hurtadillas en su habitación de hotel, cuando necesitaba un lugar donde dormir, compartiendo con él todo lo que tenía, ayudándolo a conseguir un empleo de corrector de pruebas para la edición parisina del *Chicago Tribune*. Después, durante los dos años siguientes, compartieron un piso y las aventuras más adelante inmortalizadas en *Días tranquilos en Clichy*. Durante aquel período, Miller había dado los retoques finales a *Trópico de Cáncer* y había escrito *Primavera negra*. Gracias a ello, Perlès, quien también era escritor, tuvo un conocimiento de primera mano de la obra de Miller, como también de los personajes y las experiencias que lo acompañaban. Así, al escribir a Perlès, Miller podía referirse a Boris y Cronstadt, sabiendo que los reconocería como los nombres ficticios que habían recibido Michael Fraenkel y Walter Lowenfels en *Trópico de Cáncer* y *Primavera negra*, respectivamente, o podía referirse a «La sastre-ría», sabiendo que Perlès estaba familiarizado con ese capítulo de *Primavera negra* y el mundo que retrataba, y, aunque éste no conocía a los viejos amigos de Miller en Nueva York, como Emil Schnellock y Joe O'Regan, no cabe duda de que había oído hablar bastante de ellos.

Perlès —o Joey, como lo llamaba Miller— era el destinatario ideal de sus cartas. (Se llamaban a sí mismos Joey, explica Perlès en *Mi amigo Henry Miller*, remedando a un amigo que se dirigía a todo el mundo con ese nombre. «Henry consideraba que simplificaba las cosas y, además, te enseñaba a ser humilde».) Miller sabía exactamente cómo respondería Joey a sus cartas, pues compartían la misma forma, juguetona e irreverente, de ver la vida, el mismo gusto por la obscenidad y el absurdo, el mismo deleite con el vino, las mujeres y las canciones. Con Joey podía mostrarse tan escandaloso como deseara y dar rienda suelta a su imaginación sin necesidad de que tuviera sentido. Podía escribir todo lo que le viniese a la cabeza, dejándose arrastrar hasta el absurdo y la parodia. La escritura de *Nueva York. Ida y vuelta* es inconexa, episódica, improvisada... como toda la de Miller, por lo demás; sólo, que aún más. Por estar escrito en el medio de su período más creativo, se trata del mejor Henry Miller en borrador.

Aunque Miller califica *Nueva York. Ida y vuelta* de «crónica de un viaje a Nueva York y vuelta», no relata el viaje de ida. En cambio, escribe más que nada sobre sus reacciones ante la ciudad y expresa su desagrado por todas las cosas típicamente americanas: la comida, la bebida, las mujeres, la publicidad, los rascacielos y el Alka-Seltzer. Naturalmente, se trata sólo de la última de sus cartas a Perlès desde Nueva

York, por lo que es un relato muy incompleto de su estancia.

Es comprensible que no diga nada sobre el motivo que lo llevó allí unos cinco meses antes, cuando había seguido a Anaïs Nin, quien había acompañado a Otto Rank hasta Nueva York para trabajar con él de psicoanalista aficionada. Tampoco cuenta, lamentablemente, el papel que desempeñó él mismo en aquella empresa, sino que deja a la imaginación la historia, como sólo él habría podido contarla, del psicoanalista Henry Miller, embellecida con historias de casos disparatados y el galimatías del gremio. Tampoco cita el regreso de Anaïs a París en mayo, razón por la cual su permanencia en Nueva York dejó de tener sentido.

Así, pues, comienza esta última carta desde Nueva York expresando su impaciencia por regresar a Francia, sin preocuparse de dónde vivirá, si en un hotel destartalado de un barrio bajo o en un cómodo estudio de Villa Seurat, donde había pasado los cuatro últimos meses en París. Mientras se prepara para partir, hace un último intento de transmitir a Perlès cómo es la vida en Nueva York: su propia vida, desde luego, no la del ciudadano medio. Como de costumbre, está sin un céntimo y, como de costumbre, los amigos lo acogen e intentan —con bastante poco éxito, en conjunto— hacer que lo pase bien. Como de costumbre, camina por las calles de Nueva York y visita de nuevo sus antiguos lugares predilectos, que le traen recuer-



dos del tiempo pasado: de la sastrería de su padre o de su tempestuoso matrimonio con June Mansfield. Y, aunque no se explaya con nostalgia sobre el pasado, sí que piensa en hacer de la historia de su vida en Nueva York al final del decenio de 1920 el tema de su próximo libro. En realidad, llevaba años luchando con ese material y, aunque su reciente divorcio de June había sido algo así como un exorcismo, *Trópico de Capricornio* no aparecería hasta 1939.

Como de costumbre, Miller se encontró con toda clase de amigos, viejos amigos de sus primeros tiempos en Nueva York y algunos amigos nuevos que acababan de regresar de París, como Hilaire Hiler y Joe Schrank, además de Fraenkel y Lowenfels. Se enteró de que la vida bohemia de los expatriados ya había pasado de moda, desplazada por la política izquierdista. En 1935, el país estaba sumido en la Depresión y el gobierno de Roosevelt estaba produciendo todo un nuevo alfabeto de organismos como la NRA. (*National Recovery Act*: «Ley de Recuperación Nacional»). A Miller, que llevaba años pasando por su depresión particular y nunca había sentido el menor interés por la política, lo dejó frío esa noticia. Para él, los problemas económicos y sociales tenían tan poco interés como las incesantes y abstractas teorizaciones de Boris y Cronstadt.

Naturalmente, estaba predispuesto a encontrar defectos en todo lo que veía en Nueva York, al comparar todo lo típicamente americano con sus corres-

pondencias francesas. Cuando montó en un barco holandés para la travesía de vuelta a Francia, adoptó la misma actitud, al comparar la sosería de los holandeses con la viveza de los franceses. Su crónica del viaje de vuelta está llena de críticas y ridiculización de los holandeses, a quienes sin duda identificaba con todo lo que desdeñaba en su origen alemán: orden, eficiencia, limpieza. Sólo hace una excepción con una de las personas de a bordo, el lunático que viola las normas de comportamiento holandesas. Miller, quien siempre sintió simpatía por los lunáticos, vio en él a un hombre del gusto de su anárquico corazón.

Su relato del viaje acaba con un posfacio en Francia. Como ya no forma parte de la carta personal a Fred, se convierte en una carta abierta «a todos y cada uno» o, más bien, una serie de impresiones al final del viaje anotadas para sí mismo. Al recordar que el barco atracó primero en Plymouth y después en Boulogne, Miller compara la flema británica con la agitación francesa y se alegra de estar por fin en suelo francés. Después, de repente, ya está en París o en casa de Anaïs Nin, en Louveciennes, hablando con el primo de ésta, Eduardo, sobre *Bubu de Montparnasse*, que lo transporta al París de 1890, la época más o menos de su nacimiento, o al bulevar Sébastopol en aquella tarde. Luego, sin transición, es medianoche y está contemplando la ciudad por una ventana, tal vez un día o dos después. El tiempo y el espacio están confundidos en las páginas finales, mientras recorre mental-

mente distintas partes de la ciudad a lo largo de varios días y registra sus emociones de «profunda satisfacción» al volver a casa en París. Perlès parece haber quedado completamente olvidado hasta el final de esa última sección, cuando, al concluirla abruptamente, Miller recuerda el pretexto de que se trataba de una carta a su viejo amigo Fred.

*Nueva York. Ida y vuelta* fue publicado en París en octubre de 1935 por Obelisk Press en una edición de 150 ejemplares firmados por el autor. Apareció como volumen I de la colección Siana, subvencionada por Anaïs («Siana», escrito al revés) Nin y dirigida por Henry Miller. En 1945, apareció una edición americana de 500 ejemplares, «impresa para distribución exclusivamente privada». Dicha edición, que carece de nombre del editor y de lugar de impresión, ha sido atribuida a Ben Abramson, de la librería Argus de Mohegan Lake (Nueva York). Hasta ahora no había habido otras ediciones en inglés.

George Wickes

## PREFACIO

Al lector europeo puede interesarle saber que el texto que sigue fue escrito hace unos veinte años, a consecuencia de un repentino viaje forzoso a Nueva York, de donde me había yo evadido unos años antes y que esperaba no volver a ver jamás. Pensaba que iba a permanecer allí tan sólo unas semanas, pero fueron varios meses. Durante el tiempo transcurrido desde entonces, me había instalado en París, había pasado a ser lo que se llama un «expatriado». Al pensar en lo que había sido mi vida en Nueva York, donde había nacido y me había criado, me parecía haber estado siempre expatriado. Desde luego, no había elegido nacer allí y ruego sinceramente al Cielo que no me deje morir allí.

Lo que me llama la atención al releer este curioso documento es que, por grotesca y deformada que sea la descripción de esa gran ciudad —y, por reflejo, de los Estados Unidos en conjunto—, sigue pareciéndome verdadera: más que nunca, en realidad. El acelerado ritmo de la vida americana, la acelerada mecanización, el acelerado absurdo de la existencia para todo el mundo corroboran mis predicciones más de-

menciales y les dan consistencia. Tengo más que nunca la sensación de que es inminente el día en que el mito que rodea a los Estados Unidos saltará por los aires.

En el texto hay un elemento sobre el cual he tenido dudas; son las agrias y aparentemente injustificables reflexiones sobre los judíos.

Yo no soy antisemita. No soy anti nada, aunque haya caricaturizado, ridiculizado, fulminado, atronado y blasfemado con el mayor gusto en la mayoría de mis escritos. Si en aquellos primeros meses del año 1934, cuando escribí esta larga carta, me mostré más excesivo y temerario en mi lenguaje, fue porque era más joven y pensaba menos en los demás. Además, la escritura de una carta incita a tirar por la borda toda clase de reserva. Cuando entregué el manuscrito a Jack Kahane, entonces propietario y director de la Obelisk Press, en París, tenía pocas esperanzas de que se publicara. Después de la publicación de *Trópico de Cáncer*, en modo alguno era lo que se esperaba de mí. Sólo conseguí convencerlo para que lo publicara —en una edición limitada— pagando la edición de mi bolsillo. Diez años después, fue impreso en edición no venal en los Estados Unidos. Aquella vez lo costeó otra persona. Por no sé qué razón absurda, se vendió exclusivamente bajo cuerda, por lo que ni una ni otra de esas ediciones llegó al gran público. Lo que es importante es que el lector europeo sepa sobre todo que Fred, Alf o

Joey, como se lo llama en diversas ocasiones, es el primer amigo verdadero que hice en París. He hablado de nuestros primeros días juntos en varias obras: primero, en un librito titulado *¿Qué vais a hacer por Alf?*; después en un capítulo titulado «Remember to Remember» («No olvides recordar») del libro del mismo título, y, además, en *Días tranquilos en Clichy*, texto que no se ha publicado ni se publicará nunca, a no ser que el hombre que robó el manuscrito tenga el detalle de devolvérmelo. Perlès figura también, desde luego, como uno de los personajes de *Trópico de Cáncer*, donde mencioné por primera vez su inclinación a escribir cartas. ¡Qué lastima que sólo se hayan publicado algunas de ellas! Eran siempre de una longitud extraordinaria, dirigidas generalmente a mujeres, y casi siempre de amor. (Una excepción, que superó magníficamente los límites, fue una epístola de elogios a la dirección del fabricante de las Sales Kruschen. Alguna alma buena debería publicarla, envolverla en celofán y colgarla en todos los retretes públicos y privados.) Las cartas que, lamentablemente, nunca veremos son las que se escribía a sí mismo: las escribía y —conviene añadir— las echaba al correo, pero eso forma parte de la historia de una soledad que precedió a nuestro encuentro en París. A él corresponde contarla algún día.

Cuando encontré a Alfred Perlès en París, la primera vez en 1930, en la terraza del Dôme, en modo

alguno daba la sensación de soledad. (Para ser exactos, nos habíamos conocido en el año 1928 en el mismo sitio precisamente, pero no había llegado el momento de la amistad que iba a madurar más adelante.) El hombre que hizo su aparición al final del verano de 1930 en el Café du Dôme, que me protegió y me devolvió al buen camino como un barco desarbolado, me pareció un ser totalmente distinto del que yo había conocido dos años antes. En el momento de aquella primera estancia en París yo tenía dinero, estaba de visita por Europa, no tenía trabas y era libre. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de escribir libros como los *Trópicos*. Dos años después, yo había cambiado en verdad de piel. Tras unos pocos meses, estaba en las últimas. Con la aparición de Alf en el horizonte, mi vida se enderezó. No voy a explayarme sobre el aspecto sentimental de nuestras relaciones: preparábamos mentiras uno para el otro, engañábamos y robábamos uno para el otro. Nos dirigíamos uno al otro cheques de un millón de francos (sin valor, claro está) cuando estábamos sin un céntimo, arramblábamos con pasajes de los manuscritos del uno o del otro para insertarlos en cartas de amor o utilizábamos cada uno el nombre del otro cuando no conseguíamos que aceptaran un relato o un ensayo con el nuestro. Quiero insistir sobre todo en que, desde el día en que Alfred Perlès irrumpió en mi vida, nunca conocí ni un instante de aburrimiento. Hasta 1938, creo, cuando se

marchó a Londres para comenzar una nueva vida, nos vimos casi todos los días. Vivimos más de un año juntos en Clichy: uno de los períodos más felices de mi vida. Aunque, cuando me mudé a Villa Seurat, en septiembre de 1934, teníamos oficialmente vidas separadas, seguíamos igual de unidos. Si él no aparecía para el desayuno o el almuerzo, lo hacía para la cena, es decir, por lo general para el resto de la velada. Teníamos muchos amigos comunes, aunque él con frecuencia se sentía morir de aburrimiento con los míos. Tenía la singularidad de que parecía conocer tan bien mi vida pasada como si la hubiera vivido él mismo. De su propia vida, antes de su llegada a París, ni yo ni nadie parecía saber gran cosa. Lo poco que se obtenía había que arrancárselo.

Hay un detalle que debo —creo yo— mencionar. Cuando lo conocí, hablaba bastante bien el inglés, si bien con un marcado acento que no era ni francés ni alemán: probablemente vienés. Añado que conocía bastante bien la lengua para corregir de vez en cuando mi inglés relajado. Sin embargo, no había adoptado la forma de hablar americana y, como quería a toda costa hablar como un americano de nacimiento, empecé a usar un habla jergal y subida de tono que él devoraba, insaciable. Al cabo de unos meses, la usaba tan bien, que me derrotaba en mi propio campo.

Por eso, cuando empecé a escribir *Nueva York. Ida y vuelta*, recaí en la misma jerga directa, vulgar y mordaz a la que acostumbraba a recurrir en mis conver-



saciones con él e incluso, de regreso en la tierra natal y al sentir la necesidad de reaprovisionarme de la jerga original, probablemente exagerara un poco. Es que, tras una ausencia de cuatro años, no fue sólo la vista de Nueva York y la conducta de sus habitantes lo que me sorprendió, sino también –y aún más– su lengua. En Nueva York se oye el peor inglés del mundo, como confirmarán casi todos los americanos, incluidos los neoyorquinos. Además, después de haber forcejeado con el francés todos los días de mi vida en el extranjero, hablar inglés de nuevo era volver a la infancia. Incluso en los medios intelectuales, lo que yo oía me parecía destinado a los niños. El caso es que nunca he conocido –y se trata de una triste confesión en un escritor– a un americano que me encantara por su lenguaje. Me refiero a la capacidad creadora, poética, de su lengua. De regreso al país, descubrí con delicia mucho más encanto, inventiva e imaginación en la lengua del pueblo.

En cuanto a si Nueva York es en verdad o no el lugar innoble, sórdido y fantasmal que he descrito, es algo que sólo se puede elucidar viviendo en ella y ni siquiera eso basta. Hay que haber nacido en ella y, además, haber conocido la pobreza en ella, haber mendigado unas migajas, como *indígena*, no como emigrante. Hay que verla desde dentro y de punta a punta. He conocido a muchos americanos de nacimiento que acudieron a Nueva York «para triunfar», como se suele decir, y a los que pareció encantadora,

apasionante, embriagadora. Desde luego, no hay una ciudad de los Estados Unidos —ni tal vez del mundo— que se le parezca, pero para mí sigue siendo lo que siempre ha sido: el último lugar de la Tierra con el cual quiero tener algo que ver. Que se queden en ella quienes lo deseen, que suelten gilipolleces de admiración quienes lo deseen, pero, ¡que no me pidan mi asentimiento!

Cuando volví de Grecia a Nueva York en 1940, fue como si hubiera quedado borrada de un plumazo toda la felicidad que había conocido jamás. Nunca habría creído que fuese posible pasar —o empezar de nuevo a pasar— días tan tristes, tan desolados, tan deprimentes. Me había precipitado de las cumbres a los abismos, más sombríos que los que había conocido en mi juventud. Cuando por fin conseguí librarme de ellos, tarea difícil, ya que mi padre estaba muriéndose, cuando por fin partí a echar un vistazo al resto del país, descubrí que los Estados Unidos en conjunto eran una pesadilla, «una pesadilla de aire acondicionado».

Pero no concluyamos con acritud. La recompensa de la vida en el desierto es la de que, más que en ninguna otra parte, se tiene la ocasión de encontrarse —y volverse digno de— la compañía de los hombres. ¿Habría yo reconocido jamás en Alfred Perlès lo que es, si no lo hubiera saludado al salir de un universo que se muere de deseo de conocer y poseer las bendiciones de la fraternidad verdadera, de la camarade-

ría auténtica? Y, si puede parecer a algunos que he insistido sólo en los aspectos cómicos y bufonescos de nuestra amistad, ¿acaso no es porque tal vez me guiara inconscientemente la delicadeza que con frecuencia prefiere, para cubrir lo sublime, ponerle la máscara de lo ridículo?

*21 de mayo de 1954*

# Nueva York. Ida y vuelta

por Henry Miller

Relación del viaje a Nueva York y regreso,  
tal como figura en una carta a Alfred Perlès,  
el distinguido escritor vienés  
en francés, quien hasta ahora había contado  
con la plusmarca  
como autor de cartas.

Querido Fred:

Probablemente cogeré el Champlain, el barco en el que llegué, porque es francés y porque parte un día antes de lo necesario. Llevaré las medias para Maggy... y todo lo demás que se me ocurra. Aún no sé si iré a la Villa Seurat, pero el Hôtel des Terrasses me viene de maravilla... porque está en el 13.º *arrondissement* y nada de *eclogues*. Cerciórate de que sigue allí mi bici. ¡Voy a usarla con ganas! ¿Y dónde está mi gramófono? Voy a traer algunos famosos éxitos de *jazz*, las canturreantes y desvanecientes nanas cantadas por seres sin testículos. (El favorito popular es: *I believe in miracles*\*.) ¡Milagros! ¡Qué americano es eso! Bueno, qué leche, te explicaré todo eso en detalle cuando te vea, conque ten a mano una buena botella de vino añejo y caro. Aquí no hay otra cosa que caldos californianos o tintos italianinis, que son pésimos. Hay que «alcalinizarse» todos los días...Ya te explicaré eso también más adelante.)

\* «Creo en los milagros.»

Entonces, Joey, ¿qué vamos a hacer para ganarnos la vida? ¿Eh? ¡Yo no tengo ni idea! Pero me da la sensación de que vamos a vivir exactamente igual. El caso es que vuelvo... El judío que publicó mi *Glittering Pie* en aquel Programa de Baile Revolucionario se vengó de mí titulándolo «Llegué, vi y *hui*». Los expatriados son anatema para los americanos, en particular para los comunistas. Me he granjeado la anti patía con ganas y en todas partes, excepto entre los gentiles chorras que viven en los suburbios y se ponen morados de priva los fines de semana. Con esos andabas canto, bailo, silbo y me divierto toda la noche. No tengo nada en común con ellos, aparte del deseo de pasarlo bien. Aquí es algo desconocido y suele consistir en hacer mucho ruido. En Manhasset, una noche Emil y yo bailamos el *cakewalk* tan exageradamente, que Emil se dislocó uno de los testículos. Fue una noche maravillosa en la que nos serenamos a base de beber. Hacia el final, me senté y, dando todas las notas falsas al piano, toqué como sólo el propio Paderewski podría hacerlo, *si estuviera borracho*. Rompí varias teclas y todas las uñas de mis dedos. Me fui a la cama con un sombrero mexicano de un metro de ancho, que descansó en mi estómago como un enorme girasol. Por la mañana, me encontré en la alcoba del niño y a mi lado tenía una maquina de escribir de goma dura en la que, borracho como estaba, no podía hacerlo. También me encontré un rosario y un crucifijo concedidos por la Sociedad de la Meda-

lla Milagrosa de Germantown (Pensilvania). Fue una «*indulgencia para una muerte feliz y el Calvario*».

He tenido muchas experiencias graciosas, pero pocas alegres. Cuando vuelva a París, recordaré las tardes que he pasado sentado en sofás de estudios en los que todo el mundo hablaba pomposa y despiadadamente sobre la situación socioeconómica... e intervalos crueles sobre Proust y Cocteau. (Actualmente, hablar de Proust o de Joyce en los Estados Unidos ¡es estar a la última! Alguien puede preguntarte como si tal cosa: «¿A qué vienen todas esas gilipolleces sobre el *surréalisme*? ¿Qué es?»). Tras lo cual suelo explicar que *surréalisme* es mear en la cerveza de un amigo y que éste la beba por error.)

La otra noche conocí a William Carlos Williams y pasé un rato estupendo con él en casa de Hiler. Holty llegó con dos cuñados bobos, uno de los cuales tocó el piano. Todo el mundo acabó curdela, incluida Lisette. Antes de que todo quisqui perdiera el conocimiento, alguien gritó: «¡Todo arte es local!», con lo que se armó un gran alboroto. Después de aquello, todo está confuso. Hiler estuvo sentado en calzoncillos, con las piernas cruzadas y tocando *Believe it Beloved* («Créelo, amor»), otro éxito de la temporada. Llegó el portero y armó una bronca: había sido un aviador de Mussolini. Después llegaron las hermanas Dockstadter, que escriben para revistas baratas; luego, Monsieur Bruine, que lleva 39 años en los Estados Unidos y tiene la apariencia exacta de un

francés. Está enamorado de una rubia sin seso de las *Vanities*. Lamentablemente, ésta se emborrachó tanto, que le vomitó encima estando sentada en su regazo. Ahora ya está curado de ella.

Cito esos detallitos porque sin ellos el ambiente americano no está completo. Por todas partes hay borracheras y vómitos o se rompen cristales de ventanas y cabezas. Recientemente, he estado dos veces a punto de que me dieran un porrazo en la cabeza. De noche, la gente camina mamada por las calles y buscando pelea. Se te acercan inesperadamente y te provocan... ¡como diversión! Debe de ser el clima... ¡y la máquina! Las máquinas están volviéndolos locos. Ya nada se hace a mano. Incluso las puertas se abren como por arte de magia: cuando te acercas a la puerta, pisas una alfombrilla y la puerta se te abre de par en par. Es alucinante. Y luego están las medicinas patentadas: Exlax para el estreñimiento —¡todo el mundo está estreñido!— y Alka-Seltzer para las resacas. Todo el mundo se despierta con dolor de cabeza. Para el desayuno hay un Bromo-Seltzer... con zumo de naranja y panecillos de maíz tostado, naturalmente. Para empezar bien el día, tienes que *alcalinizarte*. Así lo dicen en todos los vagones del metro. Charlas enérgicas, acciones rápidas, dinero desembolsado, hipotecas hasta las cejas, la prosperidad a la vuelta de la esquina (¡siempre está a la vuelta de la esquina!), «no te preocupes, sigue sonriendo», «créelo, mi amor», etcétera, etcétera. Las canciones son maravillosas, en particular la letra. Revelan los in-



creíbles optimismo y melancolía de la raza americana. Me gustaría ser extranjero y que todo me resultara nuevo. Una buena de ahora mismo es: *The Object of my Affection is to Change my Complexion...* («El objeto de mi cariño puede cambiarme el color de la cara»). También la llevaré conmigo.

El sábado por la tarde, en el teatro de variedades escuché a Gypsy Rose Lee cantar *Give Me a Lay* («¡Échame un polvo!»). Tenía un collar de flores hawaiano en la mano e iba diciendo lo bien que sentaba un polvo\*, que incluso las madres agradecerían un polvo de vez en cuando. Dijo que podría recibir un polvo en el piano o en el suelo e incluso un polvo a la antigua, en caso necesario. Lo gracioso es que la sala estaba casi vacía. Tras la primera media hora, todo el mundo se levanta como si tal cosa y se traslada a las butacas mejores de las primeras filas. Las del *striptease* hablan con los espectadores, mientras hacen su número. El *coup de grâce* llega cuando, después de haberse quitado hasta el último milímetro de ropa, sólo queda una faja de lentejuelas con una hoja de parra colgada delante y a veces una barbita de mono, lo que resulta de lo más cautivador. Cuando se dirigen hacia los bastidores, sacan el culo y se quitan la faja. A veces se atenúan las luces del escenario y hacen una danza del vientre con pintura luminiscente. Está muy bien ver el ombligo brillando como una luciérnaga

\* En inglés: *lay*, que se pronuncia igual que *lei* («collar de flores hawaiano»).

o como una moneda de medio dólar brillante de verdad. Mejor aún es verlas cogerse las tetas, sobre todo cuando éstas están llenas de leche. Entonces algún chorra grita por el altavoz: «¡Echen una manita, por favor, a las señoritas!», o: «Ahora, damas y caballeros, vamos a presentarles a una personalidad de lo más encantadora que acaba de llegar de Hollywood: la señorita Chlorine Duval, del Casino de París». Dicha Chlorine Duval suele ser aerodinámica, con cara de ángel y una vocecita chillona que apenas llega allende los focos. Cuando abre la mui, ves que es una boba; cuando baila, ves que es una ninfómana; cuando te acuestas con ella, ves que está sifilítica.

Anoche, fui al Restaurante Hollywood, uno de esos colosales espectáculos de cabaret que cuestan un dólar y medio, *sans vin, sans pourboire*. Más frío que un témpano, contemplas una fila de borriquetas deslumbrantes, cincuenta o más, las jas más estupendas del lugar y vacías como una cáscara de cacahuete. El local es como una enorme sala de baile, miles de personas jalando a la vez y comiéndoselas con los ojos, venga, duro ahí: la mayoría, fríos como un témpano y con los ojos desorbitados; la mayoría, de mediana edad, calvos, medio chochos. Acuden a oír canciones dulzonas cantadas por sirenas de mediana edad. Sophie Tucker, la que hace el número principal de la noche, entona una canción sobre un sarasa con el que se casó por error. Cuando ella dice: «¡Anda ya!», él responde: «¡Ay, jolines!». Ahora está muy gruesa, Sophie, y tiene venas azules con las que

contrastan pedruscos de 36 quilates. La anuncian como «la última de las mamis que quitan el hipo». Los Estados Unidos ya no producen más de esa variedad. Las nuevas son perfectas: altas, de talle largo, de pecho generoso y cabeza de chorlito. Todas ellas cantan al micrófono, aunque igual se podría oírlas sin él. Hay un griterío ensordecedor que, si no estás cargado de vino, te marea. Todos saben gritar. Les encanta. Se les ponen voces de whisky: duras, ásperas, estridentes. Queda bien con la cara de niña, los gestos automáticos, las nanas desconsoladas. Es un espectáculo colosal, que debe de costar una fortuna y que te deja totalmente frío, pese a los estupendos bustos ya citados. Creo sinceramente que una francesa pobre, flaca y deforme y con tan sólo una pizca de personalidad causaría sensación. Tendría aquello de lo que los americanos hablan siempre, pero nunca consiguen. Tendría *eso*: lo que les falta a los Estados Unidos. Tal vez pienses que despotrico contra mi propio país, pero es que es la pura verdad; es lo que les pasa a los Estados Unidos: eso. «Ellos» y «eso» son inseparables: ¿comprendes?

★ ★ ★

Y ahora, Joey, voy a contarte algo más sobre la soledad de mis noches en Nueva York: cómo subo y bajo por Broadway, entrando en las calles adyacentes y saliendo de ellas, mirando en las ventanas y en los portales y siempre preguntándome cuándo ocurrirá el

milagro, si es que ocurre, y nunca sucede nada. La otra noche entré en una cafetería, un antro de aspecto cutre en la calle Cuarenta y Cinco Oeste, justo enfrente de la *Blue Grotto*: un buen escenario para «Los asesinos». Me encontré con unos chorbos bastante brutos, todos ellos vestidos inmaculadamente, todos de tez amarillenta y cejas pobladas, con caras como cráteres hundidos y ojos dementes y penetrantes, ojos que te traspasan y te miran como si fueras una piltrafa. Había algunas putas de la Sexta Avenida, junto con algunas de las coristas más hermosas que me he echado a la cara en mi vida. Una de ellas se sentó cerca de mí. Era tan hermosa, tan encantadora, tan lozana, tan virginal, tan increíblemente Palmolive en todos los sentidos, que me dio vergüenza mirarla a los ojos. Sólo le miré los guantes, que eran porosos y de seda fina. Tenía el pelo largo, una melena suelta que le llegaba casi hasta la cintura. Se sentó en el alto taburete y pidió un bocadillito y un café, que se llevó a su habitación para comérselo a mordisquitos con gran delicadeza. Todos aquellos mendas atravesados parecían conocerla; la saludaron con familiaridad, pero con respeto. Podría haber sido Miss América 1935. Era un sueño, te lo aseguro. La miré furtivamente por el espejo. No podía imaginar que nadie que no tuviera un falo dorado pudiese echarle un polvo. Tampoco podía imaginarla yendo a patita por la calle. No podía imaginarla comiéndose un gran filete jugoso con champiñones y cebolla. No podía imaginarla yendo al cuar-

to de baño, salvo para aclararse la garganta. No podía imaginar que tuviera una vida privada. Sólo puedo imaginarla posando para la portada de una revista, con su perpetua piel Palmolive y sin sudar jamás. Prefiero a los gánsteres. Esos chicos van a todas partes y en aeroplanos y trenes de platino, más ligeros que el aire y con aire acondicionado. Son los únicos en los Estados Unidos que disfrutan de la vida, mientras dura. Los envidio. Me gustan las camisas y las corbatas de colores que llevan y sus llamativos cortes de pelo. Llegan recién salidos de la lavandería y matan con sus mejores ropas.

Lo opuesto a eso es la vida en los suburbios: Manhattan, por ejemplo. Allí la cuestión es la de cómo matar el fin de semana. Los que no juegan al *bridge* inventan otras formas de diversión, como, por ejemplo, el tutilimundi obscuro. Me llevaron al sótano de un importante director de publicidad y mostraron algunas películas verdes: no una película continuada, sino fragmentos de esto y aquello, *más que nada folleque*. Ves a una mujer tumbada en un sofá y un hombre que le sube la mano por la pierna; ves estremecerse el estómago a ésta y después hay otro hombre detrás de otra, con los pantalones bajados, y está metiéndosela. Después ves un primer plano de un coño —sólo el coño— y lo ves abierto como una ostra para tragarse un largo y fino pene perteneciente a un hombre con un bombín. Una cosa tras otra, *sans suite*. Después los hombres suben al piso de arriba y se dan el

lote con las mujeres. Les gusta desnudarse y bailar en los fines de semana, intercambiar esposas. No saben qué hacer después de una dura semana en la oficina. *Donc*, el coche, la botella de whisky, alguna ja desconocida, artista, a ser posible. (Yo, por ejemplo, mojé el churro con una por «ser tan original». A veces, cuando te consideran tan original, resulta violento verse obligado a rechazar a una ja que está como un tren: la mujer de tu jefe, pongamos por caso, con un escaparate de aúpa. La mujer de Larry, por ejemplo, es un hipopótamo en miniatura y, si bailas con cualquiera de las chatis apetitosas, se pone celosa. Se va y se enfurruña.)

Y ahora permíteme contarte lo que un hombre brillante de los suburbios ideó el pasado fin de semana para entretenernos. Cuando estábamos totalmente marmados, sacó un disco antiguo en el que hablaba el príncipe de Gales. Hubimos de oír que ese alto y poderoso potentado (que entonces tenía unos diecinueve años) nos dijese cuál era el *idealllll* del inglés. No hace falta que te diga, Joey, que era nuestro viejo amigo «el juego limpio». Un inglés nunca te tanguela. No, señor. Continuó a lo largo de tres discos; debió de ser por un aniversario importante o algo así. En plena sesión, me entró una risa histérica. Me reí y me reí sin cesar. Todo el mundo se echó a reír, incluso el anfitrión, quien, como después descubrí, se sintió muy ofendido. No, señor, un inglés nunca te tanguela. Simplemente se queda dormido delante de ti...